

DaBAR



Ciclo
C

5 de junio de 2022
Pentecostés

nº
35

Año XLVIII

Una vez más queremos agradecer la confianza que depositáis en nuestro trabajo al seguirnos cada semana y utilizar nuestros materiales, pero queremos recordaros que necesitamos de vuestra aportación económica para seguir adelante con este proyecto. Si puedes y quieres puedes apoyarnos con cualquier pequeña donación en nuestro número de cuenta IBAN ES78 2100 54413902 0007 9585.





Índice

Primera Página

Exégesis

Notas para la Homilía

Para la oración

La misa de hoy

Cantos

Dios habla



Primera Página

Exhaló su aliento

Estos días voy con barro en los pies. No sé si es lo mismo que pies de barro. Pero no me quito la sensación de pringue y pesadez, de no avanzar, de suciedad bajo mis zapatos. Y a mi alrededor. Veo mucho barro en las miradas y en los corazones. Empieza a ser eterna esta envoltura parda, que tiñe paisajes y horizontes del no color de la falta de dirección y la ausencia de alegrías.

Nos falta el Aliento de Dios. Los ojos de barro, los pies de barro y los corazones de barro son pesados, fríos y apesados en tanto les falta aquello que Jesús sopló sobre sus discípulos. Estamos faltos de Espíritu Santo. Es el que trae la vida al barro, el que lo convierte en ser sintiente y solidario. Sin el Espíritu la humanidad es barro, la propia Iglesia es barro. Le falta vida, alegría y empuje. No ayuda a vivir, es lastre que arrastra y entorpece.

Con todo, tenemos miedo a dejarnos soplar por Jesús, porque hemos leído sobre las grandes cosas a las que puede llamarnos. Jesús nos sopla en la nariz, para llenarnos de fuerza y empuje ante la misión que nos encarga. Nos aterra liberarnos de la mediocridad que nos acomoda y arropa. Nos cerramos a su fuerza vital y creadora, porque nos hará elementos de ese cambio que tanto anhelamos... y tanto nos asusta.

Los discípulos se encierran, escondidos tras una puerta. Su seguridad era la certeza de que Jesús estaba junto a ellos, en el centro, llenando sus corazones de barro de luz y energía, empujándolos a llegar más allá de fronteras y límites. Ahora que no está, su seguridad es una puerta atrancada. De la soledad al miedo no hay más que un paso. De la tristeza a la desesperanza, otro. Se deslizan juntos por una pendiente fría y oscura.

Y se puso Jesús en medio. Y dijo "Paz a vosotros". Sin más Él sabe que lo que más necesitan en ese momento es calma. Dejarse de miedos, de puertas atrancadas, de reservas, de excusas. Jesús ha vuelto. Paz y alegría. Ya pueden ceñirse y salir a los caminos. El sol sale, el barro se seca, el polvo es sacudido y el entusiasmo se apodera de todos. El Espíritu toma el mando y la Iglesia recupera su impulso de benefactor, su ternura de con los olvidados, su misión de acompañar, consolar y dar vida a los que no la tienen. Con Jesús en su centro, la comunidad de los discípulos se llena de vida y calor. Su paz y su alegría se contagian, y ellos saben que han de volver al mundo llevándolas y compartiéndolas. Han de multiplicar la presencia, los actos y el amor de Jesús por donde vayan. Han de ser Él por todas partes. Personas de barro llenas del Espíritu de Dios, que está sobre ellos y les envía... No van a hablar del amor de Dios. Van a amar como Él los ama.

El Espíritu de Dios actúa en cada uno con distintos dones. Cada don se manifiesta a su manera y su momento. Siempre mansamente, en paz, con gozo y sosiego. Como la sal, la levadura o la mostaza. Pequeñas, humildes, sin pretensiones, pero con sabor. En armonía, apelando a lo interior. Lo que tiene abrirse al Espíritu es la amplitud de alma que proporciona. La capacidad de amar a todos en todos. La unión con toda la creación. La presencia de cada momento. Dar la vida para que otros tengan vida.

Este año de tanto barro podemos acercarnos a la fiesta de Pentecostés con avidez, con verdadera ansia. Porque, con tanto barro, nos hace falta más Espíritu que nunca.

Aurora Gonzalo
aurora@dabar.es





Exégesis...

...un análisis riguroso

Primera Lectura

Este relato parece ser una construcción de Lucas con una clara intención teológica. Las referencias que ya han aparecido respecto al Espíritu en el libro de Hechos, y que seguirán apareciendo, llegan en este texto a su culmen. Aquí la comunidad y el Espíritu van de la mano y se prepara el terreno para la evangelización.

Se han cumplido ya cincuenta días entre la Pascua del cordero y la fiesta de Pentecostés. El día de la Ascensión comenzaba un período de espera que ahora llega a su fin. Y todos están en el mismo lugar (¿los ciento veinte que quedaban en la comunidad o solo los apóstoles?) (v. 1).

Se explica todo a través de una teofanía, es decir, de una manifestación de Dios a través de distintos elementos. Del cielo viene un viento impetuoso (que se podría traducir también por aliento). El cielo es la morada de Dios e incluso, a veces, la personificación de Dios. Se escucha también ruido. El ruido equivale, a veces, al poder y la fuerza (v. 2).

Se da un paso más y se habla de la aparición de unas "lenguas como de fuego". Así ya tenemos la escenografía: viento, ruido, lenguas como de fuego. Todo esto evoca una manifestación especial de Dios que quiere intervenir en esta historia de salvación. Una nueva etapa va a empezar (v. 3).

El v. 4 es el principal. Todos los fenómenos que han aparecido son símbolo de una realidad más profunda: la comunicación del Espíritu a los discípulos. El protagonista es el Espíritu, fuerza y presencia del Señor, pero que en los textos de Lucas va apareciendo de forma cada vez más personal. Así, la comunidad va a hacer presente a Dios en medio de este mundo. El mismo Espíritu va a hacer que se entienda a los discípulos porque su mensaje es universal.

Una multitud se reúne alrededor de los discípulos viendo que pasan cosas extrañas y cada uno escucha en su propia lengua lo que están diciendo. Si con la torre de Babel se perdió la unidad humana, el Espíritu la va a restaurar. Todos se van a entender. La misión de los apóstoles va a ser universal (vv. 5-6).



Del v. 7 al 11 se van enumerando los pueblos a los que pertenecen quienes escuchan a los apóstoles. En realidad, son todos judíos, pero provienen de muchos lugares. Geográficamente forman una línea del este hacia el oeste comenzando por los Partos y acabando en Roma.

En definitiva, el Espíritu va a hacer a los discípulos testigos ante todos los pueblos. La salvación tiene una dimensión universal y todo el mundo puede entenderla.

Rafael Fleta
rafa@dabar.es

Segunda Lectura

En 1Cor 12 comienza una sección que trata de los carismas (caps. 12-13). En el capítulo 12 se habla del origen y fin de los carismas. El capítulo 13 es el central, el más importante, ya que trata de la caridad. Y unas reglas prácticas respecto a los carismas aparecen en el capítulo 14.

La palabra carisma está muy relacionada con el cristianismo y, sobre todo, con Pablo, que es quien más la utiliza en el Nuevo Testamento. Los carismas son dones especiales que el Espíritu concede. Las primeras comunidades cristianas se sintieron acompañadas por el Espíritu y por los carismas. Posiblemente la comunidad de Corinto fue en la que más prendieron los carismas.

Nadie puede decir que Jesús es Señor si no está movido por el Espíritu Santo, dice Pablo. Jesús es el centro de la fe cristiana. Que sea el Señor expresa su divinidad y su acción salvadora (v. 3b).

Pero los carismas también pueden llevar un peligro, y es el de poner a la persona que los posee por encima de los demás y dejando por debajo a los que tenían ningún carisma. Pudo haber tensión en la comunidad por diferenciar entre unos y otros y colocar como personas de segunda a quienes no los poseían. Por eso va a decir Pablo que "A cada cual se le concede la manifestación del Espíritu para el bien de todos" (v. 7).

De aquí el texto que leemos da otro salto, hasta los vv. 12-13, donde se habla de que en la comunidad hay diversidad de miembros pero que componen un solo cuerpo. Esto iba contra los carismáticos que querían funcionar por su cuenta sin tener en cuenta a la comunidad. Los carismas debían servir para el bien común del cuerpo, es decir, de la comunidad. La colaboración de todos debía tener un mismo fin.

En el v. 12 se habla de cuerpo y de miembros. Se habla con un paralelismo en el que se pone de ejemplo el cuerpo material en el que todos los miembros, por muchos que sean, forman un solo cuerpo, así también en el orden espiritual, por muchos miembros que haya en la comunidad, todos se unen en Cristo.

Y la acción unificadora de Cristo la realiza a través de su Espíritu y desde el comienzo de la vida cristiana: desde el bautismo. Esta iniciación sacramental es una incorporación sacramental a la Iglesia. Los sacramentos introducen en la Iglesia a quien los recibe (v.13).

Rafael Fleta
rafa@dabar.es



Evangelio

Contexto

Leemos una versión reducida del texto que ya vimos el domingo de la divina Misericordia, prácticamente la mitad. El texto de hoy recoge solo la primera parte de aquel día, prescindiendo de toda la perícopa sobre Tomás, y el acento es totalmente distinto. Nos situamos en el domingo de resurrección por la tarde-noche, en Jerusalén, la tradición nos dice que en el cenáculo. Los vv. anteriores nos relataban la aparición a María Magdalena. Libro de la gloria, última semana.

Texto

La situación es que los discípulos están con la puerta cerrada por el temor típico de los israelitas a que les reconocieran como seguidores del condenado. Una situación angustiosa que contrasta con el don de la paz. La aparición de Jesús de pie frente a ellos supone el triunfo sobre el estado yacente de la muerte. La expresión que usa para desearles la paz no es el típico "Shalom" puesto que no es un deseo, sino un don efectivo de paz, según el discurso de despedida (cfr. Jn 14, 27). Jesús se hace reconocer por los signos de la crucifixión (manos y costado), hecho que a Juan le resulta suficiente para mover a la fe a los discípulos. Jesús vuelve a tomar la iniciativa, como es habitual, la aparición divina conlleva la asignación a los testigos de una tarea a realizar, en este caso a abrirse al porvenir del mundo donde tendrán que expresarse y desplegarse el mensaje de Jesús, que renueva el don de la paz, subrayando el hecho fundamental del inicio de un nuevo tiempo.

Cuatro frases pronuncia Jesús en esta aparición: paz, envío, Espíritu y perdón de los pecados. Ya hemos visto el tema de la paz que reitera en el v. 21.

Jesús es el enviado por excelencia y, a pesar de que en Juan en pocas ocasiones hace referencia a su envío, ya había anticipado en los discursos de despedida que los discípulos habrían de ser testigos y las obras que tendrían que realizar, pero es ahora cuando se cumple porque era necesario su regreso al Padre para que los discípulos pudiesen recibir la misión.

El gesto de soplar es el gesto primordial de la creación del hombre (Gn 2; Sab 15,11). La frase "recibid el Espíritu santo" tiene la concisión de una fórmula kerigmática y tiene una dimensión universal, no es un don particular a los discípulos, sino una comunicación a los creyentes de la vida de Cristo glorificado. Puede sorprender la frase del último versículo porque el pecado en Juan se limita a negarse a creer en el Hijo y no una transgresión normativa, pero hay un logión de Mateo análogo (Mt 18,18). Un tema que trajo de cabeza a la exegética a partir de la Reforma a propósito del ministerio.

Pretexto

Jesús ha cumplido su palabra de la semana pasada y se iba, pero nos dejaba el Espíritu. El Espíritu es la permanencia de Jesús entre nosotros hoy. Ese amor, esa fuerza, es la que permite a los discípulos salir a la calle, superar el miedo y dar testimonio de lo que acaban de experimentar, que Dios ha ratificado lo que Jesús hizo y dijo resucitándolo. Ese amor les dota de la garantía que hace que aún hoy sigamos confiando en su testimonio. Y, por ese mismo amor y su testimonio seamos capaces de continuar la obra de Jesús. Sin esa fuerza no podríamos seguir su misión. Este Espíritu no se compra ni se merece, sino que sobreviene en la medida en que el discípulo se hace permeable a Dios, a imitación y analogía de Jesús. Con este regalo podemos transformar el mundo, sin él nada nos es posible.

Enrique Abad
enrique@dabar.es



“El Espíritu Santo hace presente al Resucitado”

Son palabras de paz las que dirige Jesús a los que llama “sus amigos”. Con la paz, Jesús irrumpe en la vida de la primera comunidad de Jerusalén, como en el gesto de “lavar los pies” a sus discípulos, labor propia de los esclavos, o como en la “fracción del pan” de nuestra Eucaristía o de nuestros bienes. Son palabras y gestos de la Pascua, Pascua que concluimos en este día de Pentecostés y que seguiremos celebrando semanalmente cada domingo.

Fueron gestos y palabras que Jesús realizó la tarde del día de su resurrección, cuando había llegado la “hora” de conmemorar y perpetuar su entrega total, para que todos los hombres y mujeres de todos los tiempos pudieran experimentarla. Difícilmente sus discípulos habrían podido asumir todo el alcance, el significado y las exigencias que entrañaban los gestos y palabras de Jesús, y todavía más lo que se había quedado en el tintero. Todavía eran incapaces de comprender y participar activamente en su Pascua, en su muerte y resurrección. Con todo, Jesús preveía “pasarles el relevo”, para que continuaran su misión, durante el tiempo de su ausencia física e histórica: “Como el Padre me ha enviado, así os envío yo”. Se trata de solucionar la ausencia física de Jesús, pues él, una vez resucitado, iba a estar más activo que en su misión terrenal, gracias a su presencia misteriosa isacramental! en el mundo, a través de sus discípulos enviados a la misma misión de Jesús y que le van a prestar sus manos, sus pies, su boca, sus ojos y oídos...

Su presencia y acción en la Iglesia de sus discípulos se hace posible gracias al Espíritu Santo, que Jesús nos envía desde el Padre. Este Espíritu es el que nos conduce a descubrir la verdad más plenamente, no conformándonos con verdades a medias, sino buscándola bajo su guía en su totalidad. Si no existiese esa “verdad plena”, no serían razonables tantos esfuerzos por encontrarla. Por eso, el Espíritu Santo atestigua la verdad de Jesús en el interior de nuestra comunidad cristiana, para empujarnos a dar testimonio

Notas para la Homilía

ante el mundo de la Resurrección de Jesús. Él es el Amor de Dios, amor sin medida, don que Jesús recibió del Padre y que nos transmite, para que lo transmitamos a todos.

Otro fruto de Pentecostés es la reconciliación entre personas o comunidades enfrentadas. Esta meta de reconciliación, tan difícil de llegar, se presta fácilmente gracias a la experiencia del perdón: “A quienes les perdonéis los pecados les quedan perdonados...” Es la experiencia del perdón de Jesús hacia sus discípulos, que se han dejado vencer por el miedo hacia los asesinos de su maestro y que le abandonaron. En aquella tarde, el perdón de Jesús les transformó en nuevas criaturas. Así es: el perdón mira más al futuro que al pasado que ya fue y ya no es. A imagen del Creador que insufló al ser humano hecho del polvo de la tierra el aliento de la vida, así es el Espíritu Santo con el gran don de ser perdonados y de poder perdonar en nombre del mismo Dios.

El perdón recibido de Dios y ofrecido a los hermanos que nos han ofendido es la gran primicia del Reino de los Cielos y el impresionante anticipo del cielo en nuestra vida presente, para volver a la belleza y semejanza de Dios, quien nos ha modelado a su imagen. La paz y la reconciliación, tras experimentar la misericordia de Dios y extenderla a todas nuestras relaciones humanas y sociales, nos resitúan en los orígenes de la humanidad, donde Dios lo era todo para todos, y nos estrechan aún más fuertemente a la amistad con Jesús Resucitado.

Juan Pablo Ferrer
juanpablo@dabar.es





Para reflexionar

El Espíritu Santo es quien continúa la misión de Jesús hoy, contando con nosotros. Es la fuerza del Resucitado, que permite a los discípulos salir a la calle, superar el miedo y dar testimonio de que él está vivo y que su causa es la auténtica. ¿Qué idea, sentimiento e imagen surgen en ti ante el hecho de que la causa de Jesús continúa gracias al Espíritu Santo actuando en ti?

El salmo 103 puede ser orado con mirada cristiana como una invitación a contemplar la creación transformada y embellecida por la acción del mismo Espíritu Santo de los orígenes. ¿Qué consecuencias tiene experimentar el Universo lleno del Espíritu de Amor de Dios?

En los Hechos de los Apóstoles se nos presenta un modelo de la vida de la Iglesia: reunidos en el Cenáculo, abriendo las puertas de la comunidad para salir a proclamar que Jesús vive, sin miedo al mundo, pluralidad de culturas y lenguas en su seno, comunicación y aceptación incondicional de los demás, perdón mutuo de las ofensas, alegría desbordante y compartida ... ¿Identificas actitudes y reacciones en la vida de la Iglesia que te apartan del acontecimiento de Pentecostés? ¿Qué valor adquiere el testimonio de la alegría en la vida de tu comunidad?

La acción del Espíritu Santo tiene relación con cuatro palabras del Resucitado sobre paz, envío, Espíritu y perdón de los pecados. ¿Cómo se puede incrementar en tu comunidad cristiana estas acciones en las que interviene el Espíritu Santo continuando la misión del Resucitado?

Los discípulos están con la puerta cerrada por el temor a que les reconocieran como seguidores del condenado. Ser testigos de la resurrección de Jesús no basta para perder el miedo. Solo cuando reciben el don del Espíritu, insuflado por el Resucitado son capaces de acoger el don de la paz. ¿Qué podemos hacer para acoger el don de valentía, de parresía, de testimonio?

Para la oración

Oh Dios, Hijo de Dios, tú nos entregas el gran don del Espíritu Santo que contigo nos hace llamar a Dios “Abbá” y su amor paternal hacia ti lo compartes también con nosotros. Ayúdanos también a vivir la clausura de estas fiestas de Pascua, en este renovado Pentecostés, con la alegría y la novedad de tu Evangelio.



Oh Dios, nuestro Padre, tú sacias nuestra sed de amor y felicidad en tu Hijo Jesús y en su Espíritu que nos protege, consuela y alegra. Quítanos el embrujo del pecado en nuestras vidas. Danos la paz que desea nuestro corazón. Haz nuevas nuestras relaciones personales llenándolas de tu amor de Padre.



Te damos gracias y te bendecimos, oh Dios, nuestro Padre, porque nos has llamado a la existencia, gracias a tu Espíritu vital, que se cernía sobre el caos y la nada, para incubar un mundo que participa de tu misma vida. ¡Gracias porque nos has modelado a imagen de tu Hijo eterno, cuyo Espíritu obró su encarnación en las entrañas maternas de Santa María, mujer de tu Pueblo santo, haciéndose humano como nosotros! ¡Gracias, porque tu Espíritu sigue recreando, conservando y embelleciendo el Universo entero, especialmente la humanidad de la que formamos parte! ¡Gracias, porque tu Espíritu insuflado por Jesús en el árbol vivificador de la cruz crea una nueva humanidad, cuyas primicias están en tu Iglesia!



¡Qué maravillas realizas en nosotros, oh Dios nuestro Padre! Tu Espíritu Santo transforma nuestra realidad carnal y mundana en una nueva humanidad, que da muerte al pecado en nosotros y vive ya la plenitud y eternidad del Resucitado. Abre nuestra sensibilidad a las necesidades y tristezas de los hermanos, llenándoles de tu alegría y amor, compartiendo con ellos nuestra fe y nuestros bienes. (Inspirada en Romanos 8, 8ss).

Cantos

Entrada: Ciudadanos del cielo (1CLN-709); Hoy me siento peregrino; Este es el día (1CLN522); Hacia ti, morada santa (1CLN-O 16); Alabaré, alabaré

Penitencial: Agua, lávame (Brotos de Olivo).

Gloria: de Palazón.

Salmo: Dios asciende entre aclamaciones (de Cols) o LdS; Inúndame (Athenas).

Aleluya/Secuencia: Aleluya, Amén, de Deiss; Aleluya, aleluya; Ven espíritu divino (Colls).

Ofertorio: Este pan y vino (1CLN-H 4); En el altar del mundo; En torno a tu mesa (Sánchez).

Santo: 1CLN-I 7.

Aclamación al Memorial: 1CLN-J 22.

Comunión: Ceca de Ti, Señor (1CLN-702); Ven espíritu de Dios sobre mí (Kairoi); No busquéis entre los muertos (1CLN-224); Tui amoris ignem (Taizé); EL Espíritu del Señor (Kairoi).

Final: Id y proclamad, del disco "Ven y sígueme"; Yo estaré con vosotros; Resucitó, resucitó (Argüello); Esperando con María (Kairoi).

La misa de hoy

Monición de entrada

Bienvenidos, hermanos y hermanos, a este Cenáculo en el día de Pentecostés. Hoy también el Espíritu del Resucitado llenará nuestras vidas de su fuerza vital y de su alegría desbordante. También el Espíritu Santo crea en nosotros un ambiente comunicativo y abierto que hace que nuestra comunidad sea epifanía y sacramento transparente del misterio de la Iglesia. Abrámonos pues a la acción del Espíritu, verdadero protagonista de la vida y evangelización de su Iglesia.

Saludo

Que el Espíritu Santo, Huésped del alma, Brisa en las horas de fuego, Gozo que enjuga lágrimas, esté siempre con todos vosotros.

Acto penitencial

Con el agua pascual de la noche de Pascua, bendecida hace cincuenta días ideo significa Pentecostés! renovemos nuestro bautismo, en el que el Espíritu Santo viene a habitar en nosotros para siempre. Por eso, digámosle: Bendito seas por siempre, Señor.

-Bendito seas tú, Espíritu Santo, Don en tus dones espléndido: Bendito seas por siempre, Señor.

-Bendito seas tú, Espíritu Santo, Descanso de nuestro esfuerzo: Bendito seas por siempre, Señor.

-Bendito seas tú, Espíritu Santo, Tregua en el duro trabajo: Bendito seas por siempre, Señor.



Monición a la Primera lectura

En la Cincuentena Pascual los israelitas celebraban el don de la Ley en el monte Sinaí. El Pentecostés cristiano celebra el don del Espíritu, que lleva a plenitud la Ley mosaica, dotándola de fraternidad universal y de vitalidad amorosa. Dejemos que el entusiasmo de esta fiesta llene nuestro corazón.

Salmo Responsorial (Sal 103)

Envía tu Espíritu, Señor, y repuebla la faz de la tierra.

Bendice, alma mía, al Señor: ¡Dios mío, qué grande eres! Cuántas son tus obras, Señor; la tierra está llena de tus criaturas.

Envía tu Espíritu, Señor, y repuebla la faz de la tierra.

Les retiras el aliento, y expiran y vuelven a ser polvo; envías tu aliento, y los creas, y repueblas la faz de la tierra.

Envía tu Espíritu, Señor, y repuebla la faz de la tierra.

Gloria a Dios para siempre, goce el Señor con sus obras. Que le sea agradable mi poema, y yo me alegraré con el Señor.

Envía tu Espíritu, Señor, y repuebla la faz de la tierra.

Monición a la Segunda Lectura

Gracias al Espíritu Santo la resurrección está afectando ya a nuestro mundo actual, dando muerte en nosotros al pecado y audacia para incorporarnos a la familia de Dios, a quien de la mano de Jesús llamamos "Abbá".

Monición a la Lectura Evangélica

Igual que Dios insufla su aliento vital al ser humano en su creación, así el Resucitado comunica a sus discípulos el Espíritu que nos hace nuevos y nos devuelve a la inocencia original. Escuchemos estas palabras de Jesús notando cómo sopla él en nosotros su Espíritu.

Oración de los fieles

Agradecidos a Dios, porque, en sus dones cotidianos, él mismo se nos da como Don, como regalo en su Espíritu Santo, elevémosle hoy nuestras plegarias llenas de alegría en Jesús resucitado y digámosle: Envíanos tu Espíritu, Señor.

-Para que el Espíritu Santo llene de ardor evangelizador a todos los miembros de nuestras comunidades cristianas, oremos.

-Para que el Espíritu Santo guíe nuestras búsquedas de la verdad por los caminos del diálogo interdisciplinar entre los científicos, filósofos y comunicadores sociales, oremos.

-Para que el Espíritu transforme nuestros corazones desde el odio o la indiferencia hacia el amor fraterno, desde los sufrimientos hacia la alegría compartida, desde la guerra hacia la paz, oremos.

-Para que el Espíritu Santo nos haga entrar más profundamente en el misterio del mundo, descubriendo en él el gozo de Dios, oremos.

¡Qué admirable es la hora en la que tu Espíritu Vivo y Santo desciende desde lo alto del cielo y reposa sobre nosotros para santificarnos con su manto de amor! Ten piedad de nosotros, Padre, y envía tu Espíritu Santo para purificarnos y perdonarnos (Inspirada en la liturgia maronita).

Despedida

Hermanos, hermanas, ¡Estáis llenos de Jesús y de su Espíritu! ¡Comunicad esta relación de fraternidad y amistad a todos cuantos viven con vosotros! Podéis ir en paz. ¡Aleluya, aleluya!...



Dios habla

Lecturas propuestas para la Liturgia

Pentecostés, 5 junio 2022, Año XLVIII, Ciclo C

HECHOS 2,1-11

Al llegar el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en el mismo lugar. De repente, un ruido del cielo, como de un viento recio, resonó en toda la casa donde se encontraban. Vieron aparecer unas lenguas, como llamaradas, que se repartían, posándose encima de cada uno. Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar en lenguas extranjeras, cada uno en la lengua que el Espíritu le sugería. Se encontraban entonces en Jerusalén judíos devotos de todas las naciones de la tierra. Al oír el ruido, acudieron en masa y quedaron desconcertados, porque cada uno los oía hablar en su propio idioma. Enormemente sorprendidos, preguntaban: «¿No son galileos todos esos que están hablando? Entonces, ¿cómo es que cada uno los oímos hablar en nuestra lengua nativa? Entre nosotros hay partos, medos y elamitas, otros vivimos en Mesopotamia, Judea, Capadocia, en el Ponto y en Asia, en Frigia o en Panfilia, en Egipto o en la zona de Libia que limita con Cirene; algunos somos forasteros de Roma, otros judíos o prosélitos; también hay cretenses y árabes; y cada uno los oímos hablar de las maravillas de Dios en nuestra propia lengua».

1ª CORINTIOS 12, 3b-7. 12-13

Hermanos: Nadie puede decir: «Jesús es Señor», si no es bajo la acción del Espíritu Santo. Hay diversidad de dones, pero un mismo Espíritu; hay diversidad de ministerios, pero un mismo Señor; y hay diversidad de funciones, pero un mismo Dios que obra todo en todos. En cada uno se manifiesta el Espíritu para el bien común. Porque, lo mismo que el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, a pesar de ser muchos, son un solo cuerpo, así es también Cristo. Todos nosotros, judíos y griegos, esclavos y libres, hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un solo cuerpo. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu.

JUAN 20, 19-23

Al anochecer de aquel día, el día primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: «Paz a vosotros». Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: «Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo». Y, dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos».

